

Un dilema veraniego: ¿repetir o recuperar?

Antonio Cabrales Goitia – Universidad Carlos III de Madrid

Para muchos miles de padres en España el verano es, paradójicamente, una época dura. Todos ellos tienen que conciliar su jornada laboral, que no solamente no se para sino que en muchos casos se acelera, con la inexistente jornada escolar. Pero además una proporción significativa tiene que hacer frente junto con sus hijos a unos suspensos que ponen en duda la promoción y, en definitiva, el futuro de su capital humano. Alguno puede verse tentado a tirar la toalla. Que disfrute, que es joven, y si hace falta que repita, así el año que viene irá más holgado. En este artículo presentaré evidencia que permite dar una contestación a la pregunta del título, que sería: probablemente no (repetir) y seguramente sí (recuperar).

La respuesta a la primera pregunta nos la da un artículo del *American Economic Journal: Applied Economics*. En Estados Unidos desde los años 60 se instauró una política de promoción automática que hasta hace poco ha permanecido prácticamente incontestada. Pero desde hace unos años se ha recuperado un debate sobre la necesidad de requerir unos objetivos mínimos para el paso de curso, al menos al final de las etapas educativas.

Un problema para evaluar el efecto de estas políticas es que en la mayor parte de los lugares la promoción se hacía sobre base de juicios de valor de los profesores o los directores sobre la madurez de los chicos y otros aspectos subjetivos que podían confundir la interpretación de resultados. Por esto los autores utilizan un cambio de política en el distrito escolar de Chicago. A partir de 1996 terminaron con la promoción automática y pasaron a un sistema según el cual en tercer, sexto y octavo curso (equivalente a nuestro 2º de la ESO) los estudiantes solamente promocionan si tienen un nivel suficiente en un examen estandarizado. El nivel es aproximadamente el que corresponde a estar en el percentil 15/20 de una escala nacional.

Los que no aprobaban tenían que ir a un curso de verano de 6 semanas y si aprobaban el examen a final del curso podían promocionar. El resto se quedaba en el curso de partida. El programa también daba posibilidades a los estudiantes de volver a la cohorte de partida mediante nuevos exámenes al final del año, o a base de tomar más asignaturas durante el curso o en el verano. El resultado sobre el que se pretende buscar un efecto es la probabilidad de graduación en el bachillerato (el curso 12 en el sistema escolar americano), y la estrategia para identificarlo se basa en comparar estudiantes cercanos por encima y debajo al aprobado y suponer que el hecho de que caigan por encima o por debajo es producto del azar. Para los estudiantes de sexto los resultados parecen no ser significativos. Pero para los estudiantes de

octavo el efecto es significativo y bastante alto, aumenta la probabilidad de no graduarse en un 11 por ciento, lo que dada una tasa media de graduación del 53 por ciento es un aumento de un 21 por ciento. Así pues, la repetición no parece en general ser una buena idea.

En cambio el curso de verano puede ser muy efectivo. Los profesores Zvoch y Stevens estudian un programa de cinco semanas en el verano para chicos de primeros cursos de educación primaria, que se desarrolló en una ciudad mediana de la costa Noroeste de Estados Unidos, y cuyo objetivo era disminuir la diferencia entre los lectores más y menos avanzados de una clase. La duración del programa es de cinco semanas, en medio del verano, con tres horas y media de clase al día durante cuatro días cada semana en grupos pequeños. El programa se ofrecía tradicionalmente a estudiantes que leían por debajo de una nota corte en un examen concreto. En el año 2010 se amplió la nota de corte gracias a un programa de colaboración con la universidad. Y en el grupo ampliado, se ofreció el programa de manera aleatoria a un grupo de estudiantes.

Dado que se trata de un programa con tratamiento aleatorio, el análisis es muy simple porque una simple regresión nos puede identificar el efecto, que es significativo y supone una mejora de 0,6 desviaciones estándar, es decir, alrededor de 23 puntos porcentuales en la distribución. Estos resultados van en la misma línea (pero son más fuertes, quizá porque la metodología es más potente) que los que obtienen Jacob y Lefgren en otro artículo sobre los mismos datos que comenté antes para la repetición de curso, y que aprovechaba que los repetidores toman un curso de verano.

Los resultados sobre repetición son consistentes con la recomendación de luchar decididamente contra ella. Pero tampoco se trata simplemente de dejarlos pasar de curso porque sí. Una alternativa es subvencionar más programas de verano para alumnos con dificultades. Esta sería una magnífica manera de aprovechar estos 120 millardos de euros en fondos para el crecimiento que parecen estar decidiendo en Bruselas. Infinitamente mejor que poner dineros en aeropuertos muertos o autopistas a ninguna parte. Y si los políticos no se enteran mi recomendación privada es que no caigan en la tentación de dejar al pobre chico en paz. Si no aprobó, a trabajar en verano, que nadie se ha muerto de eso. A fin de cuentas, el origen histórico de las largas vacaciones veraniegas escolares es permitir que los chicos colaboraran en las cosechas veraniegas. Y mejor que sean de laureles que de calabazas.